

EXPRESIONISMO TRENTINO

R. MUÑOZ SUAY

LOS comentarios que ha suscitado la «Lola», de Fassbinder, siempre toman como referencia inmediata el hecho de que se trata de una nueva versión de «El ángel azul», de Josef von Sternberg. Por ello la crítica ha dictaminado que el último film de Fassbinder es deleznable, incurriendo en el error de la comparación sin profundizar en los fallos evidentes de «Lola». Por mi parte, creo que la película de Fassbinder tiene poco que ver, en apariencia, con la de Sternberg. Y, sin embargo, la clave de

ambas obras —el sexo como fuente de seducción— une a los dos films, planteándonos, de nuevo, hasta qué punto la moral de la izquierda europea sigue conservando el poso cristiano con todo su reconocible bagaje de los prejuicios históricos.

La célebre película de Sternberg, basada en la novela de Heinrich Mann («Professor Unrat») y que la garganta profunda de Marlene Dietrich, repleta de insinuaciones, hizo más popular con la inolvidable canción:

*Ich bin die fesche Lola
Die lieblich der saison.
Ich habe eine pianola
Zu haus in meinem salon.*

pretendía mostrar cómo un viejo profesor se envilecía, atraído por la joven cabaretera y cómo en su derrumbe moral envilecía, a su vez, a toda una comunidad. La novela original no se limitaba a una descripción de las relaciones apasionadas del vetusto con la joven, sino a la crítica de aquel período histórico (el libro apareció en Alemania en 1905) desde una posición radical antiburguesa, ampliada con la carga caricaturesca y de farsa que acentuaba la anécdota.

Sternberg con su película, no se preocupó por esa lectura crítica y cecantó la historia con el propósito de mostrar, sobre todo, la atracción sexual que, a todas luces, deviene en pecado colectivo. Fassbinder, por su



En «El ángel azul», Sternberg quiso decantar la atracción sexual que deviene en pecado colectivo.



•Lola• de Fassbinder.

parte, titula con el nombre de la famosa canción su film y al situarlo en la Alemania inmediata a la segunda guerra mundial convierte el argumento original en un mecanismo que elabora la «chanteuse» —otra vez una joven ejerciendo su poder sobre un admirador de mucha más edad y que aquí ya no es académico, sino miembro de la renaciente burguesía especuladora— para corromper al que de enamorado se transforma en esposo y así, con su triunfo sexual, lograr que la corrupción del círculo burgués no se vea turbada por ninguna honestidad molesta e inoportuna para los grandes negocios urbanísticos.

Pero lo que queremos subrayar es que de nuevo *el pecado original*, en ambas películas, lleva en sí mismo el rechazo del poder sexual como resorte beneficioso para la conciencia colectiva del individuo. El sexo en una y otra película es el mal, pues el goce, según ellas, lleva a la perdición

no sólo personal sino colectiva. Se convierte en plaga bíblica a la que, mostrándola, se combate y se ahuyenta.

Y no deja de ser sintomático que la corriente artística que hemos conocido por expresionismo sea la que sirve para, en apariencia, defender una moral revolucionaria que se enfrenta con la tradicional burguesa.

Moral, por otra parte, que Marx no la transformó en realidad y que sólo Reich, años más tarde, la desarrolló como enriquecimiento del marxismo. Ese expresionismo artístico —no sólo en la literatura sino en las artes y en primer lugar en el cinema— tiene en Grosz su más genial valedor. Y hoy no dejan de sorprendernos sus dibujos creados para combatir a la reacción y en los que los capitalistas, los burgueses y los militares se nos muestran, la mayor parte de las veces, como crápulas obsesos que conviven con lujuriosas mujeres que muestran

sus sexos abiertos, descarnados, simbolizando en ellos la clave del mal, *la inmoralidad* defendida por las clases dominantes y dominadoras.

Existe en la izquierda —y el arco desde Mann a Fassbinder no se cierra en ninguno de los dos extremos— una moral que atribuye al libre placer amoroso no sus beneficiosas razones del bien vivir —sobre todo del bien vivir de las clases subalternas, más castigadas diariamente por la opresión capitalista— sino el mal de los males, *la concupiscencia*, esa que destruye a la familia, a la sociedad y a los más sacrosantos pilares del Estado.

Con lo que por muy defensora del divorcio y del aborto nuestra progresía sigue atada de pies y de manos a la tradición cristiana, por mucho que se vista de seda. Porque en el fondo *las lolas o las lolitas*, cabareteras, «nymphetas» y aledaños simbolizan el mal para los de la izquierda como para los de la derecha. ■ R.M.S.